

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Adaptación de

EDUARDO ALONSO MURIAS

LA CONQUISTA DE MÉXICO

Un testimonio excepcional del encuentro entre dos mundos.
La crónica más vívida y personal de la conquista de
México, narrada por uno de sus protagonistas.



SEKOTIA

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

La conquista de México

Adaptación de Eduardo Alonso Murias

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© EDUARDO ALONSO MURIAS, 2025

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Primera edición: febrero de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación: JAVIER DÍAZ MARTÍNEZ

info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-19979-56-8

Depósito legal: CO-118-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

INTRODUCCIÓN.....	13
BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, CORRESPONSAL DE GUERRA	13
COSAS NUNCA VISTAS, NI SIQUIERA SOÑADAS	14
QUINTO CENTENARIO	15
SOLDADO, ENCOMENDERO, MEMORIALISTA	18
LA ELEGANCIA DE LA VERDAD	19
LAS ARMAS Y LAS LETRAS	21

HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

NOTICIA DEL AUTOR DE ESTA HISTORIA.....	27
EL DESCUBRIMIENTO DE YUCATÁN	31
EMBOSCADA	33
BATALLA DE CHAMPOTÓN	36
REGRESO A CUBA.....	38
SEGUNDA EXPEDICIÓN A YUCATÁN	41
EN LA ISLA DE COZUMEL	43
FLECHAS COMO NUBES DE LANGOSTAS	45
EL GRAN RÍO TABASCO.....	46
ULÚA, ULÚA.....	48

DONDE SE DICE QUIÉN ERA HERNÁN CORTÉS	
Y LA EXPEDICIÓN A LA CONQUISTA DE MÉXICO	53
LOS PREPARATIVOS	55
EN LA ISLA DE COZUMEL	57
LA VISITA DE UN CRISTIANO	60
LOS TEMPLOS MAYAS.....	62
LA CONQUISTA DE TABASCO	65
LA TOMA DE POTONCHÁN.....	66
LA GRAN BATALLA DE ZENTLA.....	69
ACUERDO DE PAZ.....	71
MALINALLI, <i>LA MALINCHE</i>	73
CON EL GOBERNADOR TENDILE.....	75
ALIANZA CON LOS TOTONACOS Y FUNDACIÓN DE VERACRUZ	81
CORTÉS, CAPITÁN GENERAL.....	82
ENTRADA TRIUNFAL EN CEMPOALA.....	84
LAS MAÑAS DE CORTÉS.....	89
LA CONSTRUCCIÓN DE VERACRUZ.....	90
NOSOTROS, LOS TEULES.....	92
CÓMO SE DESTRUYÓ LA FLOTA Y SALIMOS PARA TENOCHTITLAN ...	95
MÉXICO, MÉXICO.....	97
UN NAVÍO INESPERADO	98
DESTRUCCIÓN DE LA FLOTA	99
EL CACIQUE OLINTECLE.....	102
LOS BRAVOS Y DUDOSOS ENCUENTROS DE GUERRA QUE TUVIMOS	
CAMINO DE TLAXCALA	107
BATALLA TRAS BATALLA.....	109
GUERRA O PAZ.....	114
ENCUENTRO CON LOS GRANDES CACIQUES.....	118
VISITA DE LOS CACIQUES VIEJOS	120
ENTRADA TRIUNFAL EN TLAXCALA	123
SUBIDA AL POPOCATÉPETL	128
ADIÓS A TLAXCALA	129

CÓMO FUIMOS A LA CIUDAD DE CHOLULA Y	
LOS SANGRIENTOS SUCESOS QUE ALLÍ OCURRIERON	133
MATANZA, SAQUEO Y DEVASTACIÓN DE LA CIUDAD	138
ENOJO Y DOLOR DE MOCTEZUMA	140
LA ENTRADA EN MÉXICO Y	
EL GRAN RECIBIMIENTO QUE NOS HIZO MOCTEZUMA	143
EL PASO DE LA SIERRA	144
EL ÚLTIMO RECADO DE MOCTEZUMA	145
Y... ¡TENOCHTITLAN!	148
ENCUENTRO CON EL GRAN MOCTEZUMA	150
EN LAS CALLES DE TENOCHTITLAN.....	152
LA PLÁTICA DE MOCTEZUMA Y CORTÉS.....	153
LA CORTE DEL GRAN MOCTEZUMA Y	
LAS COSAS MARAVILLOSAS QUE HABÍA EN SUS CASAS.....	155
LAS MANERAS DE MOCTEZUMA	157
ARMAS, OFICIALES Y SERVIDORES	159
HUERTOS, AVES Y FIERAS	160
EL JUEGO DE LA PELOTA	161
LOS BAILES MEXICANOS.	162
LA VISITA QUE HICIMOS AL GRAN MERCADO	
DE TLATELOLCO Y AL TEMPLO MAYOR DE MÉXICO	165
EL TIANGUIS DE TLATELOLCO	165
EL TEMPLO MAYOR DE MÉXICO	167
LOS DIOSES DE MOCTEZUMA.....	170
PRISIÓN DEL GRAN MOCTEZUMA	173
PRISIÓN DEL HUEY TLATOANI	174
POR LAS BUENAS O POR LAS MALAS	176
EL TRAIADOR ALONSO DE GRADO	181
BERGANTINES EN LA LAGUNA.....	182
REVUELTA DE CACIQUES	183
MOCTEZUMA, VASALLO DEL REY DE ESPAÑA	187
EN BUSCA DE ORO	189
MOCTEZUMA PAGA TRIBUTOS	190

EL DISPUTADO REPARTO DEL ORO	191
DE CÓMO MOCTEZUMA NOS MANDA ABANDONAR MÉXICO Y LA BATALLA ENTRE ESPAÑOLES	195
GUERRA ENTRE ESPAÑOLES	197
SIN ACUERDO	199
ANTES DE LA <i>BATALLA</i>	201
SALIDA DE TENOCHTITLAN	202
LINDA ARENGA DE CORTÉS	204
GOLPE DE MANO	205
MATANZA EN EL TEMPLO MAYOR Y GUERRA DENTRO DE MÉXICO	209
PESTE DE VIRUELA	212
REBELIÓN EN MÉXICO	213
LA MATANZA DE NOBLES AZTECAS	214
GRAN BATALLA DENTRO DE TENOCHTITLAN.....	216
LA MUERTE DEL GRAN MOCTEZUMA Y LA NOCHE TRISTE.....	221
LLANTO POR EL GRAN MOCTEZUMA.....	222
PREPARATIVOS DE HUIDA	223
LA NOCHE TRISTE.....	226
LA GRAN BATALLA DE OTUMBA.....	228
DE CÓMO ENCONTRAMOS AMPARO EN TLAXCALA Y LA PACIFICACIÓN DE LAS PROVINCIAS VECINAS.....	233
AMENAZA DE DESERCIÓN	234
CAMPAÑA DE CASTIGO	236
CORRERÍAS CONTRA MEXICANOS.....	238
SUBASTA DE ESCLAVOS.....	239
NAVIDAD DE 1520.....	240
NUEVO TLATOANI EN TENOCHTITLAN.....	241
DE CÓMO EMPRENDIMOS LA RECONQUISTA DE MÉXICO	243
BARCOS TIERRA ADENTRO.....	244
CAMINO DE MÉXICO	244
LA GRANDÍSIMA CIUDAD DE TEXCOCO	247
DERROTA EN IZTAPALAPA.....	248

REÑIDAS BATALLAS EN EL VALLE DE MÉXICO	251
BATALLA DE CHALCO.....	253
OFRENDA SANGRIENTA	254
BERGANTINES EN TEXCOCO	255
CAMPAÑA DE CONQUISTA Y CASTIGO.....	256
ENTRADAS HASTA CUERNAVACA Y LA GRAN BATALLA DE XOCHIMILCO	259
HERRAJE DE ESCLAVOS	260
CAMINO DE CUERNAVACA.....	261
EL PARAÍSO DE OAXTEPEC	263
LA GRAN BATALLA DE XOCHIMILCO.....	264
EL CERCO A LA GRAN CIUDAD DE MÉXICO	269
CONJURA CONTRA CORTÉS	270
BARCOS, ARMAS, GUERREROS CONTRA TENOCHTITLAN.....	271
PLAN DE ATAQUE	273
TRAICIÓN DE XICOHTÉNCATL EL MOZO	273
REFRIEGA EN TACUBA	274
PRIMERA BATALLA NAVAL.....	276
DE CÓMO SE COMBATIÓ DURANTE TRES MESES EN LOS ARRABALES Y CALLES DE MÉXICO	279
CASA POR CASA	281
EL DESASTRE QUE SUFRIÓ CORTÉS	284
TAMBORES DE MUERTE	286
LA TOMA DE MÉXICO Y LA PRISIÓN DE CUAUHTÉMOC	291
UNA CONFESIÓN PERSONAL.....	291
OFENSIVA DE CUAUHTÉMOC.....	293
PROPUESTA DE PAZ	294
NUEVA OFERTA DE PAZ.....	296
LA TOMA DE TLATELOLCO.....	297
DE CÓMO SE PRENDIÓ A CUAUHTÉMOC.....	299
LLANTO DE CUAUHTÉMOC	300
DE CÓMO QUEDÓ ASOLADA TENOCHTITLAN.....	303
MUERTE Y DESTRUCCIÓN	303

RECONSTRUCCIÓN DE LA CIUDAD	304
POCO ORO	306
CELEBRACIÓN EN COYOACÁN.....	307
REBELDÍA EN PÁNUCO	309
ATAQUE PIRATA.....	309
LA CONQUISTA DE CHIAPAS.....	311
LA ENTRADA EN CHIAPAS	312
LA TOMA DE CHAMULA	315
MUERTE DE CUAUHTÉMOC	319
EL AZAROSO VIAJE A LAS HIBUERAS	322
LA MUERTE DE CUAUHTÉMOC.....	325
DESPEDIDA.....	327
GLOSARIO: PALABRAS AMERINDIAS	329

INTRODUCCIÓN

Bernal Díaz del Castillo, Corresponsal de Guerra

Este libro es una adaptación del que escribió un soldado español medio siglo después de conquistar México. Lo terminó el 28 de febrero de 1568, cuando era un anciano de ochenta y cuatro años y gozaba en la capital de Guatemala de la honra social que le daban el dinero y el cargo de regidor de la ciudad. De pobre soldado «que no tenía nada que perder» había pasado a tener pueblos y encomiendas con unos tres mil indios de Sacatepéquez que le pagaban tributos dos veces al año y tres pueblos productores de cacao en la costa del Pacífico¹. Era la ganancia y el premio de vencer en muchas batallas y de haber servido «como muy buen soldado a Su Majestad».

1 Ver «Los mayas kaqchikeles de Sacatepéquez y la encomienda de Bernal Díaz del Castillo en Guatemala», Bárbara E. Borg, *Mesoamérica*, N.º 35, 1998.

Cosas nunca Vistas, ni siquiera Soñadas

El exsoldado metido a historiador se llamaba Bernal Díaz del Castillo. Con *La verdadera historia de la conquista de México* quiso dar testimonio veraz de los «hechos hazañosos» de aquella empresa heroica, «para que no caigan en el olvido» y para que «se guarde memoria de mí». Tenía mucho que contar: las fatigas y trabajos de aquellos primeros quinientos soldados que pasaban hambre y sed, calores tropicales y fríos serranos, que libraron combates temerarios contra miles de «bravosos guerreros» indios y que, tras noventa y tres días seguidos de pelea cuerpo a cuerpo, tomaron Tenochtitlan, la gran ciudad de los mexicas. No hablaba de oídas, y prueba de ello eran las heridas recibidas en dudosas y sangrientas batallas. Dos veces fue «asido y engarrado» de indios mexicanos que querían sacarle el corazón para ofrendarlo al dios Huichilobos en lo alto de la pirámide y luego comerle brazos y piernas. «Yo presumía de buen soldado y tenía muy buena reputación» —confiesa—, pero en el asalto a Tenochtitlan «antes de entrar en batalla se me ponía una como congoja y tristeza en el corazón y orinaba una o dos veces». El exsoldado no solo narra «ilustres y famosas hazañas» contra escuadrones de indios que llevaban airoso penachos de plumas, causaban espanto con sus gritos en medio del ruido atronador de tambores, trompetas y caracolas, y atacaban con varas, flechas, piedras y cortantes macanas. Pero no solo eso. Su crónica es como una novela total. Relata viajes por mar y por una naturaleza bravía —ríos caudalosos, selvas, ciénagas, altas sierras nevadas, volcanes—, entradas de conquista y castigo, encuentros con caciques y reyes, el descubrimiento de sangrientas ceremonias religiosas y la descripción de la vida cotidiana de las comunidades indias: comidas, vestidos, mercados, artesanías, oficios, danzas, juegos y fiestas. Sirva de muestra, la visita al mercado de Tlatelolco.

(...) traían esclavos y esclavas a vender atados en unas varas largas con colleras a los pescuezos, porque no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta

y algodón e cosas de hilo torcido, y cacahuateros que vendían cacao..., y los que vendían mantas de henequén y sogas y cotaras, que son los zapatos que calzan, y hacen del mismo árbol, y raíces dulces cocidas que sacan del mismo árbol: todo estaba en una parte de la plaza en su lugar señalado. Y cueros de tigres, de leones y de nutrias y de adives (...)

Bernal Díaz del Castillo anota el asombro de invasores e invadidos al encontrarse por primera vez. El choque entre dos mundos tan extraños fue tan violento y atroz como permeable a la mutua consideración. Los españoles se horrorizan de los sacrificios humanos y el canibalismo, rechazan sus dioses, destrazan sus ídolos y repudian la sodomía, pero se maravillan al contemplar los altos *cúes* —los templos piramidales— levantados a cal y canto, la humareda del volcán Popocatepetl, el valle de México con sus «villas pobladas en el agua» de la laguna, los jardines, los animales, los tesoros de Moctezuma y tantísimas «cosas de encantamiento como se cuentan en el libro de *Amadís*», la novela más fantástica de la época. A su vez, los indios se sorprenden de las naves, cañones, caballos, perros de presa, atuendos, cruces y misas, codicia y comportamiento cruel de aquellos *teules* barbudos venidos del Oriente, tenidos por una suerte de dioses o, a veces, de demonios. Los cronistas coinciden en relacionar el mito del retorno del dios Quetzalcóatl —representado por la serpiente emplumada— con la llegada de Cortés. Esta creencia le convenía a Hernán Cortés para justificar hechos de guerra, pero también a Moctezuma y a los tlaxcaltecas para explicar su alianza y subordinación a los españoles².

Quinto Centenario

Cada 15 de setiembre el presidente de México grita desde el balcón del Palacio Nacional, «¡Viva la independencia!» Pero, ¿de quién se independizaron los mexicanos? El 51 % ignora que fue de España y

2 Rafael Montano. *Bulletin Hispanique*, n.º 110, 2, 2008.

otro 13 % supone que de Estados Unidos³. En 2019, se cumplieron 500 años del inicio de la conquista de México por Hernán Cortés. Fue una buena ocasión para conocer cómo se produjo aquella violenta conquista, cómo vivían los pueblos indios y cómo se encontraron dos universos tan distintos, el europeo y el mesoamericano. Y nada mejor para informarse que leer la formidable y entretenida crónica que escribió Bernal Díaz. Ciertamente es una versión parcial. En este caso es muy justo decir que la historia la escriben los vencedores. Y bajo la providencia divina y la obediencia al rey Carlos, los vencedores justifican sus hechos de guerra, matanzas y conquistas por tener la religión verdadera, armamento superior, leyes que prohíben el canibalismo, supremacía y elegancia racial... —«era una muchacha hermosa *para ser india...*» Cuauhtémoc era «gentil hombre *para ser indio...*», «no quiero morir en poder de estos perros», etc.—. Conocía Bernal Díaz la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de fray Bartolomé de las Casas (1484-1566), pero no se hace cargo de las atrocidades denunciadas por el obispo de Chiapas⁴, y alguna vez las justifica, como la matanza de Cholula, aunque en ocasiones lamenta la destrucción y siente lástima de la pobre gente.

Nos gustaría conocer la versión de un vencido, fuera escriba, cacique, *teyaotlani* o *papa* —guerrero o sacerdote—. Sería la versión desde dentro de un mundo que en parte desaparecía y en parte se transformaba. Pero ambos cronistas coincidirían en el relato de muchos hechos, batallas, sufrimientos y horrores, mostrarían el mutuo asombro ante cosas nunca vistas, incluso intercambia-

3 *El país*, 15-09-2016.

4 [Los españoles] «Entraban en los pueblos y ni dejaban niños, ni viejos ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaban y hacían pedazos, como si dieran en unos corderos metidos en sus apriscos. Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre por medio o le cortaba la cabeza de un piquete o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas y daban de cabeza con ellas en las peñas... Hacían unas parrillas de varas sobre horquetas y atábanlos [a los nobles] en ellas y poníanles por debajo fuego manso, para que poco a poco, dando alaridos, en aquellos tormentos desesperados se les salían las ánimas».

rían comunes elogios y denuestos. Bernal repite que los guerreros indios son siempre *bravos* —«luchan como leones»— y los españoles *esforzados*.

La historia de Bernal Díaz acoge las reacciones sentimentales de los personajes, orgullo y arrojo, horror y compasión, traición y lealtad... El cacique Maxixca llora, Moctezuma se regocija y se apena, Xicohtécatl el Mozo abomina de los invasores, los soldados españoles reniegan, discuten, se matan entre sí... Bernal y el mismo Cortés lloran la muerte del gran Moctezuma.

La primera vez que estuve en México, hace mucho, seguí por televisión unos acalorados debates sobre «Hernán Cortés, ¿héroe o villano?» Espectáculo dialéctico aparte, se enfrentaban dos visiones de la historia: desde arriba, con la mentalidad de los conquistadores — héroes y civilizadores— a la visión desde abajo, desde el indigenismo, desde los sometidos y expoliados. En el siglo XIX, y hasta la muerte de Franco, se impuso en España una visión imperialista, heroica, civilizadora y evangelizadora. Del otro lado —pese a ciertos pujos políticos—, se ha superado el indigenismo nostálgico y el maniqueísmo radical. El Imperio azteca cayó no solo por la astucia de Cortés, el armamento superior y el arrojo de los soldados españoles, sino por la ayuda de los tlaxcaltecas y otros pueblos que odiaban a los mexicas. En este sentido, la «entremetida y desenvuelta» doña Marina, la Malinche, fue lanzadera de dos culturas diferentes⁵ y, para algunos, figura representativa de la historia de México. Hija de un cacique, fue vendida a traficantes de esclavos, entregada a Cortés como esclava sexual y tributo de guerra, pero desde ese momento fue su *lengua* — intérprete eficaz—, consejera y habilísima intermediaria. Tuvo un hijo con él. Le avisó de la emboscada que le preparaban en Cholula. Es la traidora, la *chingada*, símbolo según Octavio Paz, de la conquista:

(...) si la *chingada* es una representación de la madre violada, no me parece forzado asociarla a la conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma

5 *La Malinche: la lengua en la mano*, Margo Glanz, Biblioteca M. de Cervantes.

de las indias. El símbolo de la entrega es doña Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al Conquistador, pero este, apenas deja de serle útil, la olvida. Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles... Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo ha abandonado para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche⁶.

Elie Wiesel, superviviente del campo de exterminio de Auschwitz, el primero que usó la palabra *holocausto* para nombrar el genocidio judío, afirmó al recibir el premio Nobel que no somos responsables de la historia, sino de cómo la recordamos.

Soldado, Encomendero, Memorialista

Bernal Díaz del Castillo murió la tarde del viernes 8 de febrero de 1584, con noventa años o a punto de cumplirlos. A los dieciocho, en 1514, se embarcó para las Indias a buscarse la vida (cap. 7) y ganar honra. Había nacido en la «muy noble e insigne villa de Medina del Campo», en mitad de la estepa castellana. Pasó dos años en Cuba sin lograr nada de provecho, por lo que se alistó en la flota de Hernández de Córdoba, que en 1517 descubrió la costa yucateca, y un año después, en la segunda expedición de Juan de Grijalva. En 1519, desembarcó con Cortés y luchó en su ejército hasta la derrota definitiva de los mexicas. Luego marchó con su amigo el capitán Sandoval a Coatzacoalcos, donde se avecinó. Tomó parte en la campaña de Chiapas con el capitán Luis Martín. Se sumó al ejército de Cortés como capitán al frente de una treintena de españoles y tres mil indios, ya con caballo, en la desastrosa expedición a la conquista de Honduras. Dos años después volvió a México por tierra, medio desnudo y sin dineros.

6 O. Paz: *El laberinto de la soledad*, cap. 4, edición de 1991.

En los años siguientes, Bernal Díaz ganó los pueblos de Tlapa y Chamula, en la provincia de Chiapas, ambos de «mucho provecho». Pero los perdió y viajó a España en 1540 para hacer valer sus derechos de conquistador veterano y, en efecto, obtiene los pueblos de Sacatepéquez, Joanagapaza y Mistán. Hará otro viaje para defender, en la Junta de Valladolid, las encomiendas vitalicias en contra de Bartolomé de las Casas. Aquel *donnadie* es ahora señor de pueblos que suman mil seiscientas casas y tres mil indios tributarios, concejal perpetuo de Guatemala, y se ha casado con Teresa Becerra, hija de otro conquistador rico. Sin embargo, se ve pobre, tiene seis hijos que alimentar y una muchacha casadera, se queja de que soldados con pocos méritos de guerra, sus parientes y los llegados después de la conquista obtengan cargos y mejores encomiendas. ¿A qué vienen estas quejas y lamentos?, ¿Codicia de oro y riqueza?, la misma que tantas veces denuncia entre los conquistadores. Lo que más encalabrina a Bernal Díaz es el favor que obtienen los advenedizos de segunda hora, sin otro mérito que sus influencias y —dicho con modismo de hoy— *lobby* cortesano. Despechado y lastimero, se reivindica:

(...) y digo otra vez que yo, yo, yo lo digo tantas veces, yo soy el más antiguo conquistador y he servido como muy buen soldado a su majestad y dígolo con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo, con una hija por casar y los varones ya grandes y con barbas, y otros por criar y no puedo ir a Castilla ante Su Majestad para que me haga mercedes, pues se me deben bien.

La Elegancia de la Verdad

A diferencia de Hernán Cortés, que estudió dos años en Salamanca y era algo poeta, Bernal Díaz sabría leer y poco más cuando llegó a La Española. La curiosidad por conocer las relaciones escritas por Cortés, Gómara, Tapia, Sahagún de las Casas y otros le hizo lector atento y escritor puntilloso. Llevaba escritos unas decenas de capí-

tulos de su crónica testimonial cuando le llegó a Guatemala la pulida *Historia general de las Indias* (1552), del humanista Francisco López de Gómara, capellán de Hernán Cortés. Fue leerla y colgar la pluma. ¿A dónde iba él, que no era *latino*, con unas memorias escritas como se habla en Castilla, en «estilo llano», con «palabras groseras y sin primor»? Pero le sulfuran los errores y disparates de Gómara, al que lo mismo le da ocho que ochenta, que habla de oídas y no reconoce a los «valerosos capitanes y esforzados soldados.» A Gómara le «untaron las manos con oro» para «sublimar a Cortés y abatir a nosotros». Escribirá todo lo bien que se quiera, pero no es cronista de fiar. Nunca pisó las Indias, ni vio un indio, ni blandió una espada. Él, en cambio, Bernal, es el historiador *verdadero*, testigo de primera mano, conquistador de espada, casco y rodela. Por eso no quiere que le enmienden nada, «ni poner ni quitar».

La lectura del libro de Gómara descolocó a Bernal Díaz. Al reemprender su relato cambia su manera de contar los hechos. Ahora realza el elemento humano y el protagonismo recae en los capitanes y soldados — nombra a cientos de ellos en el cap. CCV—, en los caciques tlaxcaltecas y en los guerreros mexicanos. No está dispuesto a pasar por alto los errores del «sagaz y astuto» Cortés, denuncia el mal reparto del oro y las trampas en la subasta de esclavos, detalla la crueldad y el patetismo de las batallas, elige los detalles más vivos, no oculta las desavenencias y traiciones entre españoles y, en fin, no se calla cosas que solo sabe un «testigo de vista y oído». Más aún, ahora relata implicado en los sucesos: pasa a menudo de la tercera persona verbal a la primera. Por todo ello, la versión de Bernal Díaz sobre la conquista es la más conmovedora y convincente de todas. ¿Qué reparo se le puede hacer? Que escribe a la pata la llana, cierto, pero «no hay estilo más elegante que la verdad».

Tiene Bernal Díaz más motivos para escribir su larga crónica. Frente a la denuncia de fray Bartolomé de las Casas, quiere defender su idea de que la «notable y santa empresa» respondía a los designios divinos. Fue una guerra justa porque el Dios verdadero estaba de su parte contra ídolos monstruosos que exigían ofrendas atroces. Ellos

llevaban la fe católica y leyes civilizadas para erradicar los sacrificios humanos, la antropofagia y la sodomía.

Los hechos hablan por sí solos, se dice. Hablan a medias, porque el historiador no los puede contar todos, elige unos y desdeña otros, y el memorialista ha de luchar contra el olvido y la subjetividad interesada, en beneficio propio, *ad usum Delphini*, digamos. Cuando Bernal Díaz se pone a escribir las primeras líneas, han pasado unos treinta años del desembarco de Cortés en la isla de Cozumel. Se fiaba de su memoria prodigiosa⁷, y consultaría datos a amigos bien informados, pero tenía a mano las cinco *Cartas* que había escrito Hernán Cortés al emperador Carlos V informándole de la conquista, y no dejaría de mirar una y otra vez el libro de Gómara, que tanto lo contrariaba. Con todo, no hay que tomar como exactos muchos datos y cifras que da el cronista.

Las Armas y las Letras

Como dije, Bernal Díaz acabó la *Historia verdadera de la conquista de La Nueva España* en 1568, pero se murió dieciséis años después sin verla editada⁸. No se imprimió hasta 1632. Es un voluminoso libro de historia, la crónica detallada de un escrupuloso «corresponsal de guerra» llena de datos, nombres de lugares y personas, fechas y números. Bernal Díaz no solo es testigo en primera línea de viajes, combates y ocupaciones, sino combatiente. Pero, además de historia, la obra es una crónica personal con el atractivo de la ficción y, la seducción de una novela que selecciona detalles emocionantes y coloridos. Bernal no oculta sus emociones ni el deseo de seducir a los lectores y convencerlos. No obstante, la lectura de la formidable

7 «El dicho Bernal Díaz, como persona que había sido el más antiguo conquistador de todos, daba razón de todo» en las tertulias con sus vecinos. *Bernal Díaz: memoria, invención y olvido*, M^a del Carmen Martínez, Revista de Indias, n.º 273.

8 El historiador Christian Duverger sostiene en *Crónica de la eternidad*, de 2013, que Bernal Díaz no fue el autor de la *Historia verdadera...*, sino Hernán Cortés. Sus argumentos no han convencido a casi nadie. *V. Letras Libres*, 2013.

crónica requiere un lector competente y tenaz. Contiene arcaísmos, locuciones desusadas, larguísimos párrafos con sintaxis enrevesada, repeticiones fatigosas y en ocasiones cierto desorden. Mi propósito ha sido acercar el texto al lector de hoy, como he hecho con otros clásicos.

Esta adaptación no es un resumen. Entresaca lo esencial del relato y lo reescribe bajo el lema de «tan literal como sea posible —que no es mucho— y tan libre como sea necesario» para la comprensión y goce del lector de hoy. Un modo del discurso escaso en el original es el diálogo, pero aquí abunda para ambientar situaciones escénicas. En el teatro se ven adaptaciones de clásicos tan modernas que Julieta puede salir al balcón en bikini, o mandar mensajitos a Romeo por *guasap*, y se acepta la convención de que un villano hable en octosílabos, o que Hamlet pronuncie el famoso monólogo vestido con polera y con un *gin-tonic* en la mano. Aquí se guarda respetuoso «decoro» retórico, en el sentido de que esta adaptación no se sale del original, no añade nada, y procura que la escritura conserve cierto regusto del castellano escrito en el siglo XVI. Para ello se conservan algunos modismos, frases hechas, los americanismos y el voseo en los diálogos. El hecho de que las palabras sean casi todas patrimoniales —sin apenas cultismos— determina la resonancia de la escritura original. Facilita también el retrogusto, el léxico inevitable para nombrar objetos de época —*bergantín, nao, arcabuz, falconete, rodela, jubón, zaragüelles...*—, arcaísmos adecuados —*lengua: intérprete; rescate: trueque*—, y medidas y monedas antiguas: *legua, paso, ducado, peso, carga...*

Los conquistadores o invasores se encuentran en América con objetos, productos agrícolas, atuendos, ritos, topónimos, cargos y costumbres que no existían en Castilla. Bernal Díaz no duda en tomar de las lenguas indígenas las palabras que necesita. Incorpora una treintena de voces caribes, de la lengua taína, y el resto de las lenguas mayas y náhuatl. En total son unos ochenta americanismos⁹.

9 «Americanismos en la *Historia* de Bernal Díaz de Castillo», Manuel Alvar, *Revista de Filología Española*, CSIC, 1971.

En ocasiones los adapta a la fonética y a la morfología del castellano, en otras los incorpora en crudo. Muchas de esas palabras son hoy comunes en todas partes: *tomate*, *ají*, *chile*, *batata*, *yuca*, *cacao*, *canoa*, *petate*, *hamaca*, *barbacoa*, *piragua*, *tiburón*... Otras están en el diccionario, pero no se usan —*teul*, *naboría*—, o no han pasado al español general, pero las mantengo para reflejar la recepción del mundo nuevo: *cu*, *teocalli*, *tameme*, *tianguis*, *netoteliztli*, *patoliltli*, *calachuni*, *huey tlatoani*... Alguna vez Bernal Díaz añade la acepción mexicana a la palabra española; así, la *tortilla* es la torta de maíz —«eran muy blancas, traíanlas en platos cobijados con sus paños muy limpios»—. Las recogemos en el glosario final.

La adaptación de una crónica tan extensa requiere el filtro de los hechos históricos relevantes sin desatender la atención de los posibles destinatarios y, quizás, exigencias editoriales. El libro de Bernal Díaz tiene 212 capítulos, pero aquí se llega hasta el 156, con la toma de Tenochtitlan-México. Los 56 capítulos restantes relatan los sucesos posteriores a la caída de la capital mexicana, la toma de otros territorios de la Nueva España, tratos pendencieros entre españoles y la implantación de los gobiernos coloniales. De ese material entresacamos en los tres capítulos finales sendos hechos que cierran la conquista de los que el cronista Bernal es partícipe: la devastación de la capital azteca Tenochtitlan, la conquista de Chiapas y el ahorcamiento de Cuauhtémoc durante la expedición de Cortés a las Hibueras.

Seguimos linealmente el relato del cronista, pero en alguna ocasión reordenamos el texto. Para facilitar la comprensión lectora, añadimos títulos temáticos dentro de los capítulos, pasamos a estilo directo los diálogos indirectos del original y añadimos alguno más para dramatizar la situación.

El exsoldado metido a historiador —¡ojo!, «el verdadero»— no era lingüista y transcribe las voces mayas y aztecas como puede, con etimología popular o asociativa. Así al dios Huitzilopochtli lo llama *Huichilobos*, Moctezuma es *Montezuma*, el cacique Xicohtécatl es *Xicotenga*, etc. Nuestro criterio es adaptar los topónimos y los nombres de personas relevantes a la nomenclatura oficial. Por eso escri-

bimos Tlaxcala, Coatzacoalcos, Tlatelolco, Cuauhtémoc..., y no *Taxcala, Guazacualco, Tlatelolco, Guatémuz*, etc.

El gran libro de Bernal Díaz es oportuno para conocer la versión española de la conquista de México, porque de esa conquista —dice Octavio Paz— «nacimos todos nosotros, ya no aztecas, ya no españoles, sino indohispanos americanos, mestizos. Somos lo que somos porque Hernán Cortés, para bien y para mal, hizo lo que hizo».

E. A

HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

(Adaptación)

NOTICIA DEL AUTOR DE ESTA HISTORIA

Me llamo Bernal Díaz del Castillo, nací en Medina del Campo, hijo de Francisco, al que llamaban el Galán, tengo ochenta y cuatro años y soy regidor de la muy leal ciudad de Guatemala. Fui buen soldado, y de los más esforzados, y aventuré muchas veces la vida en descubrir, conquistar y pacificar La Nueva España. Aún conservo en la garganta la señal de una lanzada que me dieron en Iztapalapa y algunas noches oigo en sueños el retumbar de los espantables y tristes tambores de los bravos guerreros de Cuauhtémoc cuando sacrificaban españoles a su dios Huichilobos en lo alto del Cu Mayor de Tenochtitlan.

Yo soy el más antiguo descubridor y conquistador de México que queda vivo. Me jacto de haber empleado mi mocedad y juventud en la notable y santa empresa de la conquista de aquellas tierras, de la cual conquista se ha seguido mucha honra para el servicio de Dios y de Su Majestad, porque se han salvado y se salvan cada día muchas almas que antes iban al infierno, y, además, han salido de esta parte del Nuevo Mundo muchas riquezas para Su Majestad y para otras muchas personas. Como no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y descendientes, empecé hace años a escribir la crónica de la conquista de la Nueva España para que guardasen memoria

de mí. Llevaba ya dieciséis capítulos, cuando llegó a mis manos el libro de Francisco López de Gómara¹⁰. En comparación con las suyas, mis palabras eran tan groseras y sin primor, que colgué la pluma. Pero luego, como no hay estilo más elegante que la verdad, volví a tomarla para corregir sus muchos errores. Yo no soy latino, y escribo a la llana, como se habla en Castilla, y mi poca elocuencia quizás no sepa contar hechos tan sublimados y de tanto espanto que no son de creer, pero me atrevo a hacerlo porque fui testigo de vista de aquellas sangrientas y dudosas batallas. Gómara, en cambio, habla de oídas. Está tan mal informado, que le da igual ocho que ochenta. Afirma que hacíamos grandes matanzas de indios. Ni aunque hubieran estado atados, podríamos haber matado a tantos como dice, porque nosotros éramos cuatrocientos soldados y ellos infinitos, y muy bravosos guerreros, y estaban muy bien armados con petos acolchados de algodón, arcos y flechas, escudos, hondas, largas varas de doble punta y espadas de madera con dos filos de piedra que cortaban como navajas. Bastante teníamos nosotros con defendernos. Cuenta también López de Gómara que derrocamos muchos templos y arrasamos muchas ciudades. Es falso, lo dice porque eso gusta a los lectores. Otro ejemplo contrario a la verdad: no es cierto que Cortés mandase barrenar en secreto los navíos fondeados en Veracruz porque muchos soldados temían guerrear con el gran Moctezuma. No pasó como dice, pues ¿acaso los españoles nos echamos atrás allí donde tengamos provecho y guerras? Los barcos se hundieron a ojos vistas y con aprobación de la mayoría de los soldados. Dice Gómara que Santiago y san Pedro iban al frente de la caballería en la gran batalla de Zentla, pero ni yo los vi ni oí hablar de esa misteriosa ayuda a nadie de los que entramos en aquella disputada pelea. Cuando reconquistamos la gran ciudad de México, Gómara no dice cuántos soldados nos hirieron y mataron, más bien habla de que entramos en Tenochtitlan, la capital de los mexicanos, como quien va a bodas y regocijos. Estoy muy harto de declarar los

10 *Historia de la conquista de México*, 1551.

borrones de ese cronista, y, sobre todo, que pase por alto muchos trabajos y carencias que padecimos los soldados de a pie. No realza como es justo los hechos heroicos de mis valientes compañeros. Digo, en fin, que Hernando Cortés fue un capitán valeroso y esforzado, y así lo haré constar muchas veces, pero Gómara lo sublima por encargo. Los conquistadores verdaderos pensamos que le untaron las manos con oro y otras dádivas para que lo escribiese de esa manera, pero a Cortés lo sosteníamos los soldados y capitanes.

De mí añadiré que era mozo¹¹ cuando en 1514 embarqué para las Indias. A poco de llegar determiné pasar a Tierra Firme con el gobernador Pedrarias Dávila¹² y a los tres meses de estar allí la peste mató a muchos soldados y yo quedé con malas llagas en las piernas. El gobernador casó a su hija con el capitán Vasco Núñez de Balboa, que había conquistado y pacificado aquella provincia, pero luego hubo diferencias entre ellos. Pedrarias acusó a su yerno de traidor por querer alzarse contra él e irse por la mar del Sur, lo apresó, lo enjuició y lo degolló. Y como vimos todo eso y otras revueltas de capitanes y supimos que se poblaba de nuevo en Cuba, pedimos licencia a Pedrarias para regresar a la isla y nos la dio, porque aquella tierra estaba en paz y no tenía necesidad de tantos soldados. Nos embarcamos en un buen navío y con buen tiempo llegamos sin daño alguno a La Habana.

Soy viejo de ochenta y cuatro años, y he perdido vista y oído, y tengo por la cosa más preciada de este mundo, más que el oro, mis heroicos hechos y los de mis compañeros de milicia en la conquista de la Nueva España. Para que no se olviden los hechos hazañosos, entrego al curioso lector mi relación, que es verdadera, y, si no en retórica subida, en la verdad hallará melodía y sabor.

11 Tenía unos 18 años, porque nació hacia 1496.

12 Pedro Arias Dávila (1440-1531), fue gobernador de Tierra Firme, actuales territorios de Nicaragua, Costa Rica, Panamá y norte de Colombia. En 1519 fundó la ciudad de Panamá.



EL DESCUBRIMIENTO DE YUCATÁN

Al volver de Panamá fui con mis compañeros a hacer acato al nuevo gobernador de Cuba, un hidalgo que se llamaba Diego Velázquez. Nos recibió muy bien y prometió darnos indios en la isla, pero pasaron tres años y como no cumplía su promesa, nos juntamos ciento diez compañeros y acordamos ir a nuestra ventura a descubrir tierras nuevas para emplear en ellas nuestras personas. Compramos entre todos dos navíos de buen porte con cuatro botes cada uno para saltar a tierra, y el gobernador nos fio otro. Elegimos capitán de la flota a un hidalgo rico llamado Francisco Hernández de Córdoba. Compramos a nuestra costa el mejor aparejo que pudimos: cables, maromas, anclas y velamen, pipas para el agua y gran cantidad de quincalla y abalorios para el trueque. Velázquez nos ayudó a hacer provisión de pan cazabe, que se hace con harina de una raíz llamada yuca, parecida a la batata, y carne salada de puerco, porque entonces no había en Cuba vacas ni carneros. A cambio, exigía que trajéramos indios para hacerlos esclavos, para pagarle su navío, pero, como eso no lo manda Dios ni el rey, nos negamos y, al fin, transigió.

Desde que nos vimos con los tres navíos y el matalotaje buscamos tres pilotos, y fueron Juan Álvarez, el *Manquillo*, natural de Huelva, Camacho, de Triana, y Antón de Alaminos, que se puso al mando de la escuadra. Convencimos a un clérigo de San Cristóbal llamado Alonso González para que nos acompañase, reunimos a los

marineros y, todo concertado, zarpamos del puerto de La Habana el 8 de febrero de 1517, después de oír misa y de encomendarnos a Dios para que nos diese buena ventura.

Doce días después doblamos el cabo de San Antón, que es la punta norte de la isla, donde habitan indios guanahataveyes, que eran muy salvajes. Puestos en alta mar, navegamos a vela hacia donde se pone el sol con riesgo de nuestras personas, porque desconocíamos las corrientes marinas y los vientos que señorean aquella altura. Yo iba en la nao que pilotaba Antón Alaminos, natural de Palos. Una tormenta que duró dos días con sus noches casi nos echa a pique, pero veintiún días después de salir de puerto, el vigía gritó, para alegría de todos:

—¡Tierra! ¡Allá!

Dimos muchas gracias a Dios. Éramos los primeros descubridores de aquella tierra. Asomados a la borda, avistamos un pueblo mayor que los que había en Cuba y en La Española¹³. Lo llamamos Gran Cairo. La mañana del cuatro de marzo, los dos navíos de menor porte se acercaron a la costa y echaron el ancla. Vimos venir diez canoas a vela y remo llenas de indios. Esas embarcaciones, que allí llaman piraguas, están hechas a manera de artesa, de un solo madero ahuecado con arte, y eran tan grandes, que en alguna cabían hasta cuarenta indios. Les hicimos señales de paz y los llamamos con las manos para que se acercaran sin temor. Una treintena de ellos subió a la nao capitana y todo lo miraba con harta curiosidad. Vestían camisetas de algodón y cubrían sus vergüenzas con un pañal angosto, por lo que los tuvimos por hombres de más razón que los indios de Cuba, que andaban con sus partes fuera, excepto las mujeres, que traían hasta los muslos unas ropas de algodón que llamaban naguas¹⁴. Les dimos cazabe y tocino, y se lo comieron con mucho

13 La isla LaEspañola, entre Cuba y Jamaica, acoge hoy dos Estados: Haití y República Dominicana.

14 *Nagua* o *enagua*: voz del idioma taíno, hablado en las Antillas, hoy extinguido. El diccionario de la RAE recoge unas setenta palabras de esa lengua, algunas tan comunes como *maíz*, *patata*, *tabaco*, *loro*, *tiburón*, *canoa*, *caucho*, *yuca* ...

gusto. Luego regalamos a cada uno un collarejo de cuentas verdes y otras baratijas. Se fueron muy contentos.

Al día siguiente por la mañana, vinieron doce canoas a nuestro encuentro. A bordo de una de ellas agitaba los brazos el cacique¹⁵ y gritaba con cara alegre y muestras de paz.

—¡*Cones cotochel!* ¡*Cones cotoche!*

Por las señas supusimos que nos proponía bajar del barco, seguirle hasta el pueblo y que allí nos daría comida.

—¡*Cones cotoche!* —repetía.

Entendimos que decía «¡A mi casa!, ¡A mi casa!». Por esta razón llamamos a aquella tierra Punta Catoche, y así aparece ahora en las cartas de navegar.

Como el cacique porfiaba en su ofrecimiento y nos hacía tantos halagos, el capitán nos reunió en consejo.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos con él?

—Es peligroso. La costa está llena de indios.

Sin embargo, acordamos desembarcar. Echamos los doce botes al agua, subimos a ellos, remamos hasta la orilla y saltamos a tierra todos a la vez porque vimos la costa llena de indios. El cacique no dejaba de dar muestras de paz e insistía en que fuésemos a su pueblo, así que, prevenidos y sin descuidar las armas, lo seguimos rodeados de muchos hombres que nos seguían. Todos se admiraban de nuestras barbas, ropas y armas.

Emboscada

Al llegar cerca de un monte fragoso, el cacique empezó a dar recias voces y al instante salieron con gran furia de entre la maleza muchos guerreros dando gritos y disparando flechas y piedras con tanta furia y rapidez, que a la primera rociada hirieron a quince soldados. Llevaban gorros con penachos coloridos y estaban armados

15 *Cacique*: jefe de una comunidad o pueblo de indios. Voz taína.

con ropa acolchada de algodón hasta las rodillas, lanzas y escudos redondos, arcos, flechas, hondas, mucha piedra y espadas manejadas con las dos manos. Vinieron a juntarse con nosotros sin que los disparos de nuestros quince ballesteros y diez escopeteros¹⁶ los acobardaran y llegamos a pelear cuerpo a cuerpo, trabados pie con pie. Comprobaron entonces el buen corte de nuestras espadas y, gracias a Dios, se pusieron en fuga. Quedaron allí quince indios muertos.

Más adelante llegamos a una plazuela con tres pirámides de cal y canto que no se remataban en punta, sino en llano. Subimos las gradas hasta lo alto y encontramos un altar y un adoratorio o capilla con ídolos de barro cocido, muy altos, unos con horribles caras de demonios, otros con figuras como de mujer y otros que parecía que hacían sodomía. En aquellos templos o *cúes*, como los llaman¹⁷, hallamos tres diademas, pescaditos, aves y unas piecitas de oro. Las tomamos muy contentos y volvimos a los navíos. Embarcamos a una india y a dos indios que habíamos prendido en la pasada escaramuza. Los dos eran bizcos¹⁸. Después, cuando se bautizaron, uno se llamó Melchor y el otro Julián.

Luego de curar a los heridos, nos hicimos a la vela con gran viento, navegando solo de día, de noche, al paio. Durante quince días de navegación exploramos la costa que los indios llaman Campeche. Vimos un poblado y anclamos cerca de la orilla porque no había fondo para los navíos. Bien armados, subimos a tres bateles, saltamos a tierra y cerca del pueblo encontramos un buen pozo de agua dulce. Nuestra armada era de hombres pobres y por eso no habíamos podido comprar buenas vasijas y pipas. Las que llevábamos perdían agua y estaban casi vacías. Las llenamos y cuando ya las estábamos cargando en los botes, aparecieron unos cincuenta indios ataviados

16 La *ballesta* era un arma con arco y flechas. Las *escopetas* o *arcabuces* de mecha se cargaban con pólvora y su «pelota» o bala alcanzaba entre 20 y 50 m.

17 En lengua maya *nah k'uh*, casa de Dios. Los mexicas «llaman al templo *teocalli*, los españoles, *cúes*» (Gómara, cap. LXXX).

18 Para los mayas el estrabismo era signo de belleza. Las madres colgaban del cabello de sus hijos bolitas de resina que les caían sobre sus ojos, y así los torcían para que fueran bizcos.

con buenas ropas de algodón. Parecían pacíficos. Nos hicieron señas para ir a su pueblo y los seguimos con muchísima cautela, no fuera a pasarnos como en Punta Catoche.

En la plaza del pueblo nos recibió mucha gente. Las mujeres se reían y holgaban de ver nuestras barbas y atuendos. En lo alto del cu había un adoratorio bien labrado y encalado, con grandes bultos y figuras de serpientes, de lo cual nos admiramos porque era cosa nunca vista. En el suelo vimos sangre reseca porque, al parecer, habían sacrificado a esos ídolos algunas personas para que les diesen la victoria.

Nada más bajar de la pirámide, aparecieron muchos indios vestidos con ropas ruines levantando un concierto atronador de silbidos, bocinas y tambores, todos muy bien armados con flechas, lanzas y escudos redondos de madera o de cuero. Como eran tantos, pasamos muchísimo miedo. En aquel instante salieron de otra casa diez hombres vestidos con túnicas blancas de algodón y vinieron hacia nosotros. Eran los sacerdotes del templo, que allí llaman *papas*¹⁹, y así los nombraré en adelante. Sus cabellos les llegaban hasta la cintura y los traían tan enmarañados de sangre seca, que de ninguna manera se podían peinar. Se acercaron con braseros de barro en las manos en los que se quemaba una resina que llaman *copal*²⁰ y nos envolvieron en humo. En esto llegaron unos hombres mal vestidos con leña, hicieron una pila y le prendieron fuego.

—Marchaos antes de que acabe de arder —nos dijeron por señas los papas—. Si no, os matarán.

Como no queríamos entrar en otra refriega como la vivida dos semanas antes, nos retiramos a la playa muy juntos y en orden. Por suerte pudimos cargar las vasijas y las pipas de agua en los botes y embarcar todos.

19 *Papa*: posible apócope de *papahuaque*, palabra de la lengua náhuatl, la que se hablaba en el imperio mexica.

20 *Copal*: árbol y resina usada en los templos y la «gente en sus casas» para «incensar a los dioses», escribió fray Bernardino de Sahagún.

Batalla de Champotón

Navegamos de día y de noche con buen tiempo y mar calmo, pero al sexto día arreció un formidable vendaval del norte que quebró cables y causó tales daños en los navíos que estuvimos a punto de ir a pique. Cuatro días con sus noches duró la borrasca. ¡En qué terribles trabajos nos vimos! Vuelta la calma, seguimos adelante bordeando la costa hasta dar con una ensenada, pero como allí hay grandes mareas, anclamos a más de una legua de tierra para no quedar en seco, porque la bajamar era muy grande. Nos acercamos en el navío de menor porte y a eso del mediodía subimos bien armados a todos los bateles y saltamos a tierra para llenar de agua dulce las pipas y vasijas. Cavamos pozos cerca de unos caseríos de piedra. El pueblo se llamaba Champotón²¹ y estaba rodeado de buenas praderías y maizales. Estábamos cargando agua cuando vimos venir en silencio un escuadrón de guerreros con sus lanzas y espadas, altos penachos y las caras pintadas de blanco, negro y colorado. Se acercaron y apuntando al cielo, nos preguntaban por señas si veníamos de levante, de donde sale el sol.

—De allí venimos —les contestamos también por señas.

Se fueron. Henchimos las pipas y acampamos allí. Durante la noche nos turnamos muchos centinelas. Al amanecer oímos tambores y vimos acercarse por la costa un gran escuadrón de indios con banderas tendidas y armados con escudos redondos, espadas, flechas y lanzas, ropa acolchada hasta la rodilla y penachos de plumas. Por cada uno de nosotros debía de haber doscientos. ¿Qué hacer? ¿Darles guerra? ¿Dejar todo y huir? Nos encomendamos a Dios y nos dispusimos a la pelea. Nos cercaron por todas partes y nos atacaron en medio de gran gritería, silbidos y estruendo de tambores, y nos dieron tal rociada de flechas, varas y piedras tiradas con hon-

21 La *legua* castellana equivalía a 5,59 km. Champotón es lugar del Estado de Campeche. En lengua maya yucateca el topónimo significa «región de la sabana».

das, que hirieron a unos ochenta soldados. Yo recibí tres flechazos, uno muy peligroso en el costado izquierdo.

—¡*Calachuni, calachuni!*—gritaban.

En su lengua venían a decir: ¡al capitán, al capitán!, porque *calachuni* quiere decir cacique o gobernador. Y, en efecto, arremetieron contra nuestro capitán Hernández de Córdoba y le dieron diez flechazos. Sangraba por muchas partes. Nuestros enemigos eran muy bravos y esforzados, y caían sobre nosotros dando lanzadas y fieros golpes con sus espadas de doble filo. No los detenían los disparos de nuestras escopetas y ballestas²², así es que llegamos al cuerpo a cuerpo, bien trabados en la pelea, y como les hacían mucho daño las grandes cuchilladas y estocadas que les dábamos, se apartaron para flecharnos a salvo. Llegaron del pueblo más guerreros de refresco con comida, bebida y mucha flecha, y nosotros ya estábamos sin fuerzas, muchos estaban heridos y no bastaba nuestro pelear.

—¡Retirada! ¡A los botes!—gritó nuestro capitán.

A estocadas rompimos en bloque por el medio de sus escuadrones hasta llegar a los bateles, pero todos queríamos subir de golpe a ellos y como no cabíamos, algunos nos agarramos como mejor pudimos a la popa y al canto de los botes, y medio a pie y medio nadando logramos llegar al barco bajo una nube de saetas. El resultado de la batalla fue desastroso: cincuenta soldados muertos y los demás, malheridos, el que no tenía una herida, tenía dos, tres, o cuatro. Solo un soldado quedó sin herir. A dos se los llevaron vivos,

22 Las armas de los conquistadores eran lanzas, espadas, ballestas, cañones, caballos y los terroríficos perros de presa, alanos y mastines. Un soldado daba la saeta al balletero, que la colocaba en el arma, tensaba el arco, apuntaba y disparaba. Era una maniobra lenta, pues, entretanto, los indígenas ya habían disparado siete flechas o más. Además, los conquistadores llevaban tres clases de armas de fuego portátiles. La escopeta tenía un cañón fino y alargado y se sustituyó pronto por el arcabuz, de menor puntería y menor alcance, hasta 50 m, pero su culata más corta permitía apoyarla en el hombro, se disparaba la pólvora con una mecha colocada en la misma arma y por su mayor calibre penetraba en armaduras. Bernal Díaz llama a menudo escopetas a las dos armas. El falconete era una pieza de artillería de poco calibre, pesaba unos 400 gramos, disparaba balas de hasta kilo y medio. El tiro era un cañón pesado que disparaba piedras y bolas de hierro.

uno era Alonso Boto y el otro un portugués viejo. Las pipas de agua se perdieron. En las cartas de navegar los pilotos pusieron a aquel lugar Costa de Mala Pelea.

Regreso a Cuba

También estaban heridos muchos marineros, de modo que no había quien marease las velas. Entonces se determinó vaciar el barco de menor porte, repartir anclas, cables, velas y tripulantes en los otros dos navíos, prenderle fuego y regresar a Cuba. Catorce o quince años antes, el piloto Alaminos había explorado La Florida con el capitán Juan Ponce de León y fijó esa derrota para llegar a La Habana porque era la distancia más corta, menos de sesenta leguas.

La travesía fue harto penosa, porque, con el frío y el agua salada, las heridas se habían hinchado y dolían al curarlas. Y sin agua dulce pasamos tantísima sed, que la sequedad nos abrió grietas en la lengua y en la boca. ¡Oh, qué cosa tan trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas!

Navegamos costeano con la esperanza de encontrar un río para tomar agua. A los tres días vimos una ensenada pequeña, saltaron a tierra tres soldados con flechazos leves y quince marineros que no tenían heridas porque no habían desembarcado en Potonchán, llevaron azadones y cavaron pozos, pero solo hallaron agua amarga y salada. Trajeron los barriles llenos, pero los pocos que bebieron esa agua sufrieron daño en la boca y en el cuerpo.

Cuatro días después llegamos a La Florida. Yo desembarqué con otros diecinueve en una playa muy ancha con las vasijas de agua. Cavamos un pozo muy hondo, encontramos agua buena y nos hartamos de beber. Luego lavamos los paños de curar y vendar las heridas. Llevábamos allí como una hora, muy gozosos, cuando uno de los dos soldados que se había alejado un poco para vigilar, vino a todo correr dando voces.

—¡Al arma! ¡Al arma! ¡Indios de guerra!

Aparecieron tras él unos hombres muy grandes de cuerpo, vestidos con cueros de venado y armados con arcos enormes. Vinieron derechos hacia nosotros, nos flecharon e hirieron a seis. A mí me dieron un flechazo de poca herida y a Alaminos otro en la garganta. Todos a una los acometimos a cuchilladas y estocadas y se retiraron. Pero, entretanto, otro grupo de indios se llevaba el bote en el que habíamos desembarcado. Con el agua más arriba de la cintura, fuimos tras ellos por el estero y los acometimos a mandobles y disparos de ballestas y escopetas hasta que soltaron el batel. Quedaron tendidos en la arena y en el agua veintidós indios. Al otro centinela, que se llamaba Berrio, nunca más lo vimos, aunque lo buscamos más de una hora. Como no encontramos rastro de sangre de él, supusimos que lo habían llevado prisionero.

Embarcados con los recipientes de agua dulce, alzamos anclas y dimos vela rumbo a la isla de Cuba. Junto a una isleta la nao capitana tocó fondo y se abrió una gran vía de agua, y nos tocó achicarla dándole a la bomba con gran trabajo y sin parar hasta que llegamos al puerto de La Habana, pobres y maltrechos, pero dimos muchas gracias a Dios por salir con vida de una aventura tan esforzada y penosa.

